



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 20. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Mayo 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda. — Sombrero de primavera. — Medallón y broche de insectos tornasolados. — Paletot con echarpe. — Paletot bordado. — Bordado con aplicación. — Arandela de trencilla y crochet para centro de mesa. — Cenefa bordada en reps. — Adornos de tul y azabache para vestidos. — Ramo de enredaderas bordado con lanas y sedas para tapete. — Puntillas y entredoses de crochet guipure para adornar trajes. — Bordado veneciano á punto de feston. — Modelos de colchas y sábanas bordadas. — Cifra enlazada para sábanas. — Cifras enlazadas para almohadas. — Almohadas bordadas. —

Entredoses bordados en blanco y de malla guipure para almohadas. — Dos distintos alzapafios. — Cenefa bordada con lanas para tapete. — Modo de sacar con facilidad los patrones. — LITERATURA: Sueños del alma, poesía, por Nicolás Díaz y Perez. — Sus ojos negros, poesía, por A. Alcalde Valladares. — ¿Quién cerrará mis ojos? poesía, por R. F. Izaguirre. — La ciudad de los hechiceros, por Lutgarda Camargo de Contreras. — Cartas á un labriego, por J. V. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Variedades. — Explicación del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. SOMBRERO DE PRIMAVERA.

Es de encaje negro, de fondo elevado y ala lisa de 13 centímetros, que va disminuyendo á los extremos, ocupando la parte posterior un bonete con dos grandes tablas, cortado primero de tul de Lion y cubierto de encaje. Todo el sombrero va guarnecido de terciopelo y su adorno le componen plumas negras, rosas y lazadas de terciopelo negro y cinta azul de dos caras, más subido el color en una que en otra. Retorcido de terciopelo negro debajo del ala y bridas de tul.

2 y 3. MEDALLON Y BROCHE DE INSECTOS.

Este capricho de insectos de tornasolados colores, es muy apreciado por el momento: una agrupacion de pequeños insectos y una cadena de ellos forman el medallón, y el broche núm. 3 muestra sobre un tronco uno solo de estos coleópteros.

4. ARMADURA PARA SOMBRERO.

Puede cubrirse de faya ó crespon y adornarse por el estilo del que presenta el núm. 1. Dos tonos de azul mineral, lila y verde, ó marron y rosa, son colores muy apropiados para sombreros de primavera.

5. BORDADO DE APLICACION.

La cretona de colores vivos, recortados los



2. Medallón de insectos tornasolados.

ramos y aplicados sobre un fondo liso á feston muy claro ó cordoncillo largo con lana, se utiliza mucho para adornar jardineras, veladores, estantes y chimeneas: una muestra de esta labor presenta el grabado que nos ocupa.

6 y 7. PUNTILLAS DE CROCHET.

Se toma para la núm. 6 trencilla fina de picos, los cuales se cosen por un lado á la tela y por el otro con ondas de crochet que se ejecutan con un punto doble en el pico, 4 de cadeneta, uno doble en el primero de los cuatro y uno en el pico siguiente:

Para la núm. 7 se eligen dos colores, blanco y encarnado ó azul, que no pierda, y se hacen puntillas muy apropiadas para vestidos de niños ó de señora, con esta



1. Sombrero de primavera.



5. Bordado de aplicación. (Recortes de cretona).

combinacion de seda ó lana de dos colores. Principiase por una cadeneta, sobre la que se hacen ondas de 5 puntos y uno en cada tercero de la cadeneta: á la vuelta siguiente se hacen tres puntos y uno en el centro de la onda: en la que sigue se hacen con el otro color barras en todas las ondas, terminando con una cadeneta que rodea estas ondas, haciendo un punto doble entre cada una.

8 á 10. ARANDELA PARA EL CENTRO DE UNA MESA.

Materiales: Tul de red como el que se emplea para cortinas, trencilla de picos, cordon, hilo de crochet.

El fondo de la arandela es de tul sembrado de flores ó estrellas aisladas, y la cenefa son diez medallones de trencilla y crochet unidos uno á otro: el fondo está recortado en ondas orilladas de trencilla (véase el dibujo). Con esta se hacen las rosas del fondo que muestra el número 10, y el 9 presenta de tamaño natural el centro de un medallón con su cenefa y la union al fondo. Principiase por hacer las estrellas de trencilla, poniendo para cada una un pedazo de trencilla de 10 picos, que se cierra y

pliega como muestra el dibujo: se fijan las puntas cosidas, y del centro una sí y otra no se reunen con una cadeneta para formar el cáliz de la flor. El núm. 9 indica cómo se unen las estrellas unas á otras, y las ramas de hojas de crochet se componen de tres ó de cinco hojas caladas, cosiéndolas á las estrellas en los puntos que indica el dibujo. Para la hoja



3. Broche correspondiente al medallón número 2.



4. Armadura para sombrero.

superior se hacen 20 puntos de cadeneta que se cierran en círculo, cubriéndole despues de puntos dobles y haciendo un picot de 5 puntos para formar la punta de la hoja: despues de cerrado el último punto con el primero, se hacen 5 ó 6 de cadeneta para formar el tronco. Las anillas de las hojas siguientes cuentan 24 puntos y las últimas 26, ejecutando en todas el picot para la punta: se unen las hojas entre sí por cadenetas. Cada medallón tiene 20 centímetros de largo por 15 de ancho: el doble feston, de cordon, se hilvana sobre un hule en que estará trazado el dibujo, y va sostenido por dos cadenetas trasversales: el borde interior va rodeado de una vuelta de crochet de 5 puntos de cadeneta y 2 barras separadas por 4 puntos, que van unidas al fes-

ton, cubriendo esta vuelta otra de barras separadas por 2 puntos, saliendo de esta misma vuelta grandes presillas de cadeneta á sujetar las hojas por los picots, determinando el sitio y largo de estas presillas la misma ejecucion, y demostrándolo además muy claramente el dibujo: estas presillas se cubren de puntos dobles con un picot en el centro por cada lado.

Las presillas ó barras que unen el fondo á la cenefa tienen todas 3 puntos, un picot, 3 puntos y uno doble en la trencilla, volviendo sobre ella para hacer los puntos dobles y el otro picot. Una cadeneta de 9 puntos conduce de un feston á otro para comenzar la otra barra, siendo únicamente la del centro precedida y seguida de 5 puntos de cadeneta.

Siguiendo el dibujo núm. 8, se unen además los medallones con algunos puntos y se completan por la parte exterior con grupos de estrellas en los huecos, en un todo iguales á las que ocupan el centro del medallón.

11. CENEFA BORDADA EN PAÑO.

Se borda al pasado con lanas y sedas de colores, siendo muy apropiado para portieres, sillerías, etc.

12 y 13. PALETOT CON ECHARPE.

La forma y el adorno son de un gusto singular y muy apropiado para señorita joven: este paletot es de faya orillado de raso y bordado de soutache, largos los delanteros, cortos los cuartitos de atrás, y le completan echarpe de raso sujeto con hebillas en el hombro y costado.

13 y 14. ADORNOS BORDADOS DE AZABACHE.

El uso del azabache para adornar trajes y sombreros, hace indispensable fijarle en cintas á tiras de tul que luego se colocan en la forma que se desea: estos dos modelos presentan un biés de tul bordado de azabache, que se cose entre los adornos de un traje ó sombrero, ocultando la parte sin bordar.

16 y 32. DIBUJO PARA TAPETE.

En paño ó reps negro se borda este ramo con lanas de colores naturales, y con sedas francesas los tonos más claros: la cenefa del mismo género de bordado la muestra el núm. 32, y además puede repetirse en las puntas el mismo ramo del centro.

17 á 19. ENTREDÓS Y PUNTILLA DE CROCHET.

El entredós se ejecuta haciendo primero las estrellas y los cuadros á punto doble y del modo que indica claramente el dibujo, y despues sujetando las orillas con una cadeneta lisa, sobre que se hacen picos de 4 pts. de cadeneta y uno doble el segundo, una bar. en el tercero y una barra doble en el cuarto.

La puntilla núms. 18 y 19 se comienza por hacer el pié, que es de 4 bar. unas sobre otras, con un picot á uno de los bordes, y por el otro se hacen grandes ondas de crochet con una vuelta de barras y otra encima de festones, rellenando el centro de la onda con una estrella hecha con aguja de coser como las que se hacen en la malla guipure, cruzando hilos y bordando encima. Esta puntilla es muy apropiado para guarnecer tunicas.

20. BORDADO VENECIANO.

Punto de feston.

Esta cenefa, muy propia para juegos de cama, se borda con algodón grueso á feston todos los contornos, recortando despues el fondo y quedando el dibujo unido por festones: las rosas se bordan encima al pasado y punto ruso, y el fondo que queda se siembra de nuditos. Hecho sobre batista cruda con blanco, es de un efecto encantador.

21, 22 y 23. SÁBANAS BORDADAS.

En el núm. 15 de EL CORREO, correspondiente al 18 del pasado Abril, dimos un mueblaje completo para novia, en el cual figuraba en primer lugar la cama, y á completarla están destinados los objetos que vamos á describir. El grabado 21 representa una colcha y sábana bordada con cifra en el centro, que da de tamaño natural el grabado 23, y á ambos lados dos ramitos. El mismo bordado se repite sobre las almohadas, solo que se repiten los ramitos, algo más pequeños en los cuatro ángulos. La sábana grabado 22 lleva una cenefa bordada ancha y á 20 cents. de distancia del dobladillo, hecho á respunte ó bainica, el cual tiene 7 1/2 cents. de ancho. La altura de las letras es de 22 cents., debiendo ser la tela del mayor ancho que se encuentre. Inútil es decir que pueden reemplazarse estos dibujos con otros que nos agraden, y en cuanto á las letras, con un poco de maña,

suprimiendo algun contorno ó agrandando otros, se pueden obtener sobre estas todas las demás del alfabeto.

24, 25 y 26. ALMOHADAS BORDADAS.

Hacen juego con las sábanas anteriores. El grabado 26 da de tamaño natural la cenefa, que se borda todo alrededor á 3 cents. de distancia del borde; la almohada mide 68 cents. cuadrados. El grabado 25 muestra el modo de cerrarla con botones y ojales. A este efecto, se pone una tira postiza con los botones, haciéndose los ojales en la misma almohada. Si se quisieran poner las iniciales grandes, tales como las que representan los grabados 27 y 28, se colocan en el centro, del lado de la cenefa, pero generalmente se marcan con iniciales pequeñas por el revés, como se ve en el grabado 25, que están puestas por encima de los ojales.

27 y 28. INICIALES BORDADAS EN BLANCO.

Están destinadas, como hemos dicho más arriba, á las almohadas; para sábanas seria preciso agrandarlas.

29, 30 y 31. ENTREDÓS PARA ALMOHADAS.

El entredós grabado 29 está bordado á cuenta, es decir, contando los hilos, sobre una batista muy fina: este bordado antiguo produce un efecto delicioso. Los entredós, grabados 30 y 31, son de malla guipure, y saldrán más ó menos anchos segun el grueso del hilo que se emplee. Se ingieren entre la tela á bainica por encima del dobladillo, sirviéndoles de trasparente una cinta de color que se hilvana por debajo.

33 y 34. DOS DIFERENTES ALZA-PAÑOS.

El que muestra el grabado 33 corresponde al cortinaje que dimos en el núm. 15, correspondiente al 18 de Abril, adornado con flores recortadas en cretona. El alza-paños está realzado con las mismas flores. El que representa el grabado 34 lleva por adorno un volante plegado y ruche con cabeza.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Creemos muy oportuno recordar de vez en cuando á nuestras lectoras el modo de sacar los patrones por medio de un procedimiento tan fácil como sencillo.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Despues de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos también que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfeccion.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre él la tela doblado y al hilo. Las mismas rayitas (----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de seis reales, y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion para recibirla franca de porte.

SUEÑOS DEL ALMA.

Ay! dulces ojos que el amor pasado
Me recordais con vuestro acento mudo,
Dejando al corazon acojido
De dicha ageno, de placer desnudo.

¡Cuánto vibrante su placer suspira
El eco sordo de la lira amada,
Al ver la falsedad y la mentira
Del alma en estas dichas empleada!

Eco fugaz, que en el ligero ambiente
Mueve en lánguido son sus alas puras,
Y posa su dolor en alba frente
Coronas de esas llamas mal seguras.

Vago murmullo que ligero mueve
Frescos aromas de la flor suave,
Y en su corola mil perfumes bebe,
Entonando de amor cántico grave.

Tiernos acentos que del agua pura
Modifican el lánguido murmullo
Cuando cayendo en ondas del altura
Mezclan su voz del pájaro al arrullo.

Voces del viento que insensato jime
Besando de las flores las corolas,
Besos del áura que lijera oprime
Lánguidamente las rizadas olas.

Mentira, falsedad, frases de duelo
Que encierran en su esencia nuestra esencia,
Y rigen nuestro ser en este suelo
Emponzoñando así nuestra existencia.

Amor, felicidad, vanos ensueños
Que acarician el ánima dormida;
Vagos acentos en su ser pequeños
Que pierden su esplendor al tomar vida.

Herido el corazon, suspira ardiente
Al perder de su dicha el alegría,
Mas siente en su pesar lo que no siente
Al soñar con su amor la fantasía.

Melancólico bien de la amargura
Que halla en sí misma indefinible encanto;
Tristeza que mezclada de dulzura
Al alma brinda paz en su quebranto.

Dulce es llorar, del corazon consuelo
Las lágrimas aduermen su agonía,
Y el llanto del dolor nos abre un cielo,
Cielo que presta al alma su alegría.

¡Oh... llanto juvenil, quién hoy pudiera
Exhalarte del pecho dolorido,
Y en raudales de lágrimas vertiera
Cuántas recoje el corazon herido!

Lágrimas de dolor!... Frescos raudales!
¡No torzaís vuestro curso con enojos,
Salid del corazon en cien raudales
Que se deslicen por entrambos ojos!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

SUS OJOS NEGROS.

Cancion.

A SOFIA.

Cuando la tarde
triste descende
mientras se extiende
la oscuridad,
¡Ay! dos luceros
llenen la esfera,
niña hechicera,
de claridad.

Sus aureos rayos
crecen y aumentan
mientras alientan
nuestra ilusion,
Y al dulce encanto
de sus destellos,
vive con ellos
el corazon.

Tú sabes, niña,
dónde está el cielo
que dióle al suelo
tanta virtud,
Cuál es la gloria
rica y fecunda
que nos inunda
con tanta luz.

Pasa la noche,
sucede el dia,
crece, Sofia,
su resplendor.
Sobre las nubes
su luz se mece,
donde oscurece
la luz del sol.

Todos preguntan
¡por qué hechiceros
esos luceros
brillan así?
¡Por qué sus luces
puras y bellas
cual dos estrellas
se ven lucir!

Y dice un eco
casi perdido
como el latido
del corazon,
Sus ojos negros,
lindos, brillantes,
esos radiantes
luceros son.

A. ALCALDE VALLADARES.

¿QUIÉN CERRARÁ MIS OJOS?

A MI BUEN AMIGO VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

Navegante inesperto y sin ventura
Por los oscuros mares de la vida,
Sueño en esa region desconocida
Que cubre la callada sepultura.

Fija la muerte con sombrío encanto
El postrer pensamiento en la mirada
Del que ansiando la luz, toca la nada,
Latiendo el pecho con febril espanto.

Ah! ¡si os veré al morir, almas soñadas
De mis dulces y espléndidos amores...
Ya anhela mi esperanza vuestras flores...
Que tristes son las tumbas olvidadas!

R. F. IZAGUIRRE.

LA CIUDAD DE LOS HECHICEROS.

CUENTO FANTÁSTICO DE LAS ORILLAS DEL RHIN.

Traducido del francés

POR

LUTGARDA CAMARGO DE CONTRERAS.

(Conclusion).

Toll hacia brotar de su violin olas de armonía; con la
vista estraviada, fascinado por las penetrantes miradas
de los espectros que estrechaban el círculo, señalándolo
con aire lúgubre:

—Este es Simon Toll! el músico de las ferias y las ta-
bernas... Simon Toll, el excelente músico.. el discípulo
de Mr. Wolfram!..

—Simon Toll, el borracho!..

—Simon Toll, que come y bebe cuanto gana!..

—Simon Toll, que ha arruinado al viejo Gottlieb, su
suegro!..

—Simon Toll, que ha dejado morir de hambre á su
mujer y á sus hijos...
—Esta mañana han sido enterrados en una misma
fosa..

Y todos á la vez se pusieron á chillar.

—Ah!.. Ah!.. Simon, serás de los nuestros, date pri-
sal.. hu, hu, hu!.. Simon Toll el borracho...
Y el wals continuaba.

Por tercera vez sonó la campana del convento.

Una ráfaga de viento apagó las luces. Todo se trasfor-
mó de nuevo, tomando un tono indeciso, vago, incoloro.

Los vestidos grises se tornaron en blancos sudarios. Si-
mon apercibía horribles figuras, dando vueltas en la
bruma nocturna cargada de rayos luminosos que ilumi-
naban fantásticamente esta escena.

Las paredes habian desaparecido, y el menestral se
vió á la orilla del precipicio, que formaba al Norte la
plataforma de la "Ciudad de los Hechiceros;" una enor-
me piedra le servia de estrado.

Ante él, y en las hendiduras de las rocas, en vez de
las guiraldas de flores y cortinajes, veia zumayas, har-
pías y mochueros que batian sus alas con desordenados
movimientos. A sus piés trepaban grandes y vistosos
caracoles, asquerosos sapos, espantosas culebras; enor-
mes lagartos de salientes ojos le subian hasta la rodilla
abriendo la boca: mónstruos de diferentes clases y tama-
ños pasaban rápidamente ante el atribulado Simon.

A la enojosa gritería anterior, sucedió una espantosa
batahola discordante, mezclada de ahullidos y blasfe-
mias.

Los fantasmas formaron un número infinito de círcu-
los, unos dentro de otros: de esta suerte, y formando una
masa compacta, se pusieron á bailar la danza infernal,
haciendo cada uno de ellos, al pasar ante el músico, un
signo de cabeza automático.

—Hu, hu, hu!.. gritaban los pájaros nocturnos.

—Hu, hu, hu!.. ahullaban los condenados.

La luna iluminaba con su claridad ténue esta horroro-
sosa bacanal.

Y Simon, cuyo arco vibraba sobre las cuerdas, arran-
caba del alma de su violin de Cremona, acentos que no
eran de este mundo.

—Hu, hu, hu!.. continuaban los pájaros nocturnos.
—Hu, hu, hu!.. repetian los esqueletos, cuyos huesos
oia crujir Simon bajo el sudario.

La campana del convento dió la una, repitiendo los
ecos de la montaña su sonora vibracion.

Un horrible grito, el grito desesperado de los condena-
dos, desgarró los aires, y la infernal cohorte, atropellan-
do al músico, se precipitó en masa al abismo.

IV.

Esta vez se despertó Simon. Habia rodado hasta el
musgoso liquen, desde la piedra que le sirviera de le-
cho. Su crispada mano oprimia convulsivamente el vio-
lin. Se frotó los ojos, mirando en torno suyo. La aurora
iba disipando las sombras de la noche. Por encima de su
cabeza, en la cavidad de una roca, una lechuza con los
ojos redondos y saltones, que ponian en relieve su cabe-
za aplanada, mirábalo estúpidamente.

Entonces reconoció el lugar maldito en que habia pa-
sado la noche. ¿Era lo que habia sentido un horrible sue-
ño ó una espantosa realidad? Aún le zumbaban los
oidos, la sangre hervia en sus venas, los dientes se cho-
caban y tenia los cabellos empapados por el sudor.

Se levantó, y con paso precipitado bajó la roca hechiz-
ada; cuando llegó al bosque, no osó sondear con sus mi-
radas el misterio de aquellas malezas, perdidas aún en
las sombras; temia encontrar huellas de la espantosa vi-
sion de la noche.

Ni en el valle de Blumenthal, tan apacible y encanta-
dor, se atrevió á levantar la vista del suelo.

En los amarillentos sauces del arroyo creyó encontrar
algo de fantástico con su lúgubre ramaje. Hasta que
distinguió las primeras casas de Pirmasens, no respiró.
El sol naciente empezaba á dorar la cúspide de la Igle-
sia luterana. No tardó en ver su casa separada de las
otras; las ventanas cerradas; llamó y nadie vino á abrir;
volvió á llamar, el mismo silencio.. tocó más fuerte...
nada... la casa continuaba muda, muda como un se-
pulcro.

Entonces sintió frio, y sus piernas flaquearon; tuvo que
apoyarse en el marco de la puerta...

Recordó las palabras de los espectros...

—Han muerto de hambre, habian dicho; á todos tres
han enterrado esta mañana en una misma fosa...

Y dirigiéndose á la gran cruz de piedra que se eleva
á corta distancia junto al camino, se arrodilló con la ca-
beza en el suelo y sollozando amargamente.

—Qué haceis, Simon? le preguntó su vecino, Wald-
mann, que se dirigia al bosque; ¿por qué gemís de esa
manera?

—He perdido á mi excelente esposa, á mis queridos
hijos, respondió Simon, con el rostro inundado de lágrí-
mas, bajo la impresion del terrible sueño.

—Y qué, os lamentais? mejor haríais alegrándoos...

Simon miró á su vecino; le parecia un sarcasmo cruel
lo que le decia...

—No sabeis lo que ha sido de ellos?... continuó tran-
quilamente Waldmann.

—Ay de mí!.. dijo Simon, inclinando la cabeza.

—Pero sí debeis dar gracias á Dios, puesto que no
podíais sostenerla.

Simon se cubrió el rostro con las manos para ocultar
su vergüenza.

—Mi pobre Gertrudis, mis hijos!.. exclamó nueva-
mente.

—Escuchad, Simon, si es permitido á un vecino dar
un buen consejo; id á reuniros á ellos, y...

El menestral se levantó; un relámpago brilló en sus
ojos; teneis razon, dijo apretando sus puños; soy un mi-
serable... solo me resta seguirlos y... me mataré...

—Qué decís, estais loco!.. corred á Colonia, echaros á
los piés del Sr. Wolfram, que á su vuelta de Rusia, don-
de ha sido colmado de honores y regalos, llegó el domín-
go á Pirmasens, llevándose á vuestra familia... ¡Caram-
ba!.. vos no entrásteis en cuenta... como tenian tantos
motivos de queja por vuestra conducta...

—Qué decís? será posible!.. Mr. Wolfram... mis hijos...
en Colonia...

—Como os lo digo.

—Oh! Señor, Señor, exclamó Simon, casi sofocado por
la reaccion de dicha que experimentaba.

Y arrodillándose, extendió sus brazos hácia el cielo en
señal de reconocimiento. ¡Qué sea bendito vuestro nom-
bre!.. me habeis probado duramente, pero os doy gra-
cias... En adelante seré otro hombre.

Sin descansar se dirigió á Colonia, tocando en los pue-
blos y las villas para atender á los gastos de viaje, be-
biendo únicamente cuando lo mortificaba la sed.

Llegó en domingo á la antigua ciudad de Agripina,
patria de San Bruno de Montebellis, ciudad de las

once mil vírgenes y cien iglesias; con su gótica catedral
de cien columnas, cuya elevacion es de otros tantos piés
cada una.

A la orilla del Rhin se eleva la célebre nave de bri-
llante estilo y gigantescas proporciones, con su coro de
doscientos piés de altura; sus rosetones y pináculos ele-
vados, sus vidrieras de colores; cornisas y columnas; su
multitud de nichos y estatuas; sus frontones y ramilletes;
sus follajes y flores de tal modo esculpidas, que parecen
destacarse de la piedra. Obra maestra, la más grandiosa
y perfecta de la arquitectura sagrada á cuya construc-
cion contribuyó toda la Europa.

Humilde y con el corazon contrito se dirigió Simon á
la antigua Metrópoli. Allí, perdido bajo la inmensa bó-
veda, se prosternó, implorando al Dios misericordioso.

Un sacerdote subia al altar para dar la comunión á
algunos cristianos que deseaban acercarse á la santa
mesa.

Simon tuvo una inspiracion repentina; se dirigió al
órgano, encontrando al viejo organista que ya conocia...

Se sentó ante la caja monumental en el instante de
pronunciar el sacerdote el *Agnus Dei*, empezando un
coro de voces humanas de un timbre tan dulce, de tan
encantadora melodía, que su escaso auditorio creyó que
los ángeles habian bajado del cielo para acariciar con sus
ligeras alas el movible teclado...

Los últimos sonidos eufónicos vibraban en los crista-
les del edificio, extinguiéndose lentamente en las altas
bóvedas ojivales, cuando un hombre de barba gris, vesti-
do de terciopelo negro, recostado junto á la pila del agua
bendita, escuchaba aún con los ojos húmedos, sintiendo
profunda emocion...

La voz de Simon se elevó melancólica, suave...

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis!

Tres veces cantó el versículo del pecador arrepentido,
y cuando terminó:

Amen, dijo una voz á su espalda.

Se volvió, viendo al viejo Wolfram tendiéndole los
brazos.

Este día, en la misa mayor de la Catedral de Colonia,
tuvo el órgano solos, écos y maravillosos juegos cromá-
ticos. En las antifonas y responsos se oian unos tonos su-
blimes, que á la belleza del canto Gregoriano, unian los
más grandiosos efectos.

Simon Toll fué sóbrio y estudioso el resto de su vida;
adquirió gran nombradía, llegando al elevado puesto de
Maestro de Capilla del príncipe soberano de Alemania,
y siendo la gloria de su viejo profesor, la alegría del an-
ciano Gottlieb y objeto de la más viva ternura de su mu-
jer Gertrudis y de sus hijos.

CARTAS Á UN LABRIEGO

SOBRE VARIOS PUNTOS DE AGRICULTURA (1).

Carta tercera.

LA VIDA DE LAS PLANTAS.

Sapientia est scire per causas.

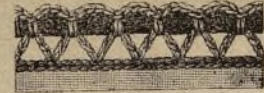
La sabiduria debe aspirar á conocer
las causas de los fenómenos ó la ley de
los hechos.

Te he demostrado, amigo querido, en mi carta anterior
las muchas ventajas que reporta el ejercicio de la profe-
sion agrícola, ya considerándola como una fuente de pros-
peridad y bienestar para el que la ejerce, ya sirviendo de
sólido sosten al engrandecimiento y poderío de las nacio-
nes. Es indudable que sin agricultura no puede haber ri-
queza, puesto que esta ha de salir indefectiblemente ó
de los productos naturales del suelo, ó de los trasforma-
dos por el artificio humano para adaptarlos mejor á la
vida social. Pero como habrás visto las ventajas que la
agricultura al hombre proporciona, no son únicamente
del orden material, sino tambien, y esto debe tenerse
mucho en cuenta, del orden moral; puesto que en ellas
se encuentran medios de proporcionarnos gratas sensacio-
nes y recursos con que alimentar nuestra inteligencia y
nuestra actividad. Verdad es que para disfrutar de todos
los placeres, de todas las comodidades, de todas las ven-
tajas y de todos los bienes que son inherentes á la agri-
cultura, es condicion indispensable que el país, cuyo
suelo se cultiva, se halle en aquel estado de calma y de
repose que tan necesario es para el buen orden de los
trabajos, para la seguridad de las personas y de los fru-
tos, para la facilidad en las comunicaciones, la libertad
del tráfico y la regularidad en ese movimiento comercial
que da vida á todas las industrias. Por desgracia no nos
hallamos actualmente en esa situacion normal de los pue-
blos que permite el libre desenvolvimiento de todos los
intereses; y á prolongarse mucho tiempo esta irregulari-
dad en la produccion y el trabajo, podria conducirnos á
un estado de cosas poco satisfactorio. Hagamos fervientes

(1) De la acreditada Revista *La ciencia al alcance de todos.*

votos por que se restablezcan en España esos tiempos de paz y tranquilidad que convidan al trabajo en todas las esferas de la sociedad, y procuremos todos contribuir á la prosperidad pública.

Dejando aparte estas consideraciones, que me podrian llevar muy léjos de mi propósito, me circunscribiré á aquellas otras que están más íntimamente relacionadas con el plan que me he trazado. Si la utilidad de la agricultura es incuestionable, veamos cuál ha de ser, en el vasto campo que abraza, el tema que nos convenga dilucidar en esta carta. El asunto se nos viene á las manos, con solo considerar que las aspiraciones del agricultor son obtener productos vegetales en la mayor cantidad y de la mejor calidad posible: y es cosa clara que, para conseguir esto, es de todo punto indispensable conocer los vegetales y las condiciones en que sus productos se obtienen: solo así podria proceder con conocimiento de causa el que se dedica al cultivo del suelo, del mismo modo que el que se propone explotar una mina de oro ó plata necesita, en primer término, conocer dichos minerales, y en segundo, los procedimientos que ha de emplear para separarlos de aquellos otros con los cuales se hallan naturalmente mezclados. Por consecuencia, el asunto sobre que han de girar mis observaciones de hoy será el de empezar á darte á conocer *la vida de las plantas*: ¿has meditado alguna vez sobre ellas? ¿has estudiado los variados fenómenos que en ellas tienen lugar? ¿has contemplado sus diversos tamaños, sus



encierra nuestros inanimados despojos, son de madera tambien: ella constituye nuestros más usuales muebles, la mesa sobre que escribimos, el techo que nos cubre, la puerta que se abre á nuestros amigos, el carruaje que nos transporta, el navío que surca los mares. Se ha dicho que la civilizacion de un pueblo se mide por la cantidad de hierro que consume: otro tanto podria decirse de la madera.

Todas las plantas, en fin, que cubren la superficie del globo que habitamos, desde los más corpulentos árboles hasta las más miserables yerbecillas, todos son utilizables; y si existen muchas de ellas que el hombre no reporta bien alguno, y si hay tambien algunas que parecen perjudiciales por los efectos desastrosos que producen á los animales que de ellas se alimentan y aún tambien á los que aspiran los deletéreos efluvios que desprenden, deben sin embargo considerarse providencialmente útiles en cuanto el hombre hace y puede hacer provechosas aplicaciones hasta de las sustancias más mórbidas y venenosas. El progreso de las ciencias nos ha hecho comprender como útiles una infinidad de plantas que eran ántes miradas con desprecio; y los adelantos sucesivos que se hacen en todos los ramos del saber humano nos van dando á conocer cada dia aplicaciones ántes desconocidas de los productos naturales del suelo.

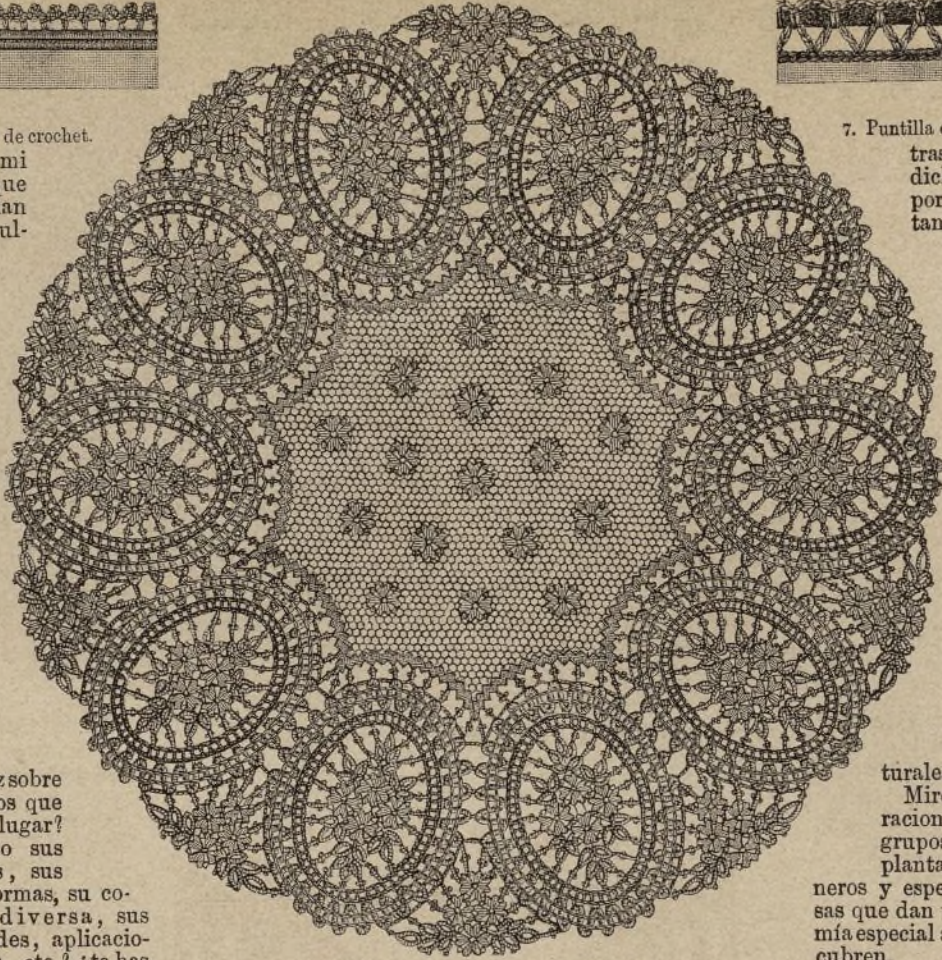
Miremos con respeto y contemplemos con admiracion esos numerosos grupos donde se asocian plantas de familias, gé-

neros y especies diversas que dan una fisonomía especial al suelo que cubren.

Las plantas, dice Rambonson, encierran para nosotros verdaderas panaceas; son farmacias naturales que la Providencia ha establecido sobre el globo para preservarnos de las enfermedades ó para curarlas. De su corteza, de su madera, de sus raíces, de sus hojas, de sus flores y de sus frutos se exhalan esencias vivificantes que fortifican nuestros órganos, regeneran nuestra sangre y neutralizan los principios mefíticos que nos rodean.

Siendo, pues, incuestionable su utilidad, voy á decirte, querido amigo, en qué consiste la vida de esos seres que tantos bienes producen al hombre, y sin los cuales no seria posible ni la existencia de los animales, ni la del hombre, que vive de unos y otros.

Entre una planta y un animal no hay tanta diferencia como á primera vista pudiera creerse; que si entre ambos seres existen caracteres distintivos bien marcados, hay tambien una analogía admirable. La planta, como el animal, es un ser organizado y viviente: un ser que nace, crece, se reproduce, muere y recorre todas las fases, todos los periodos que son propios del animal de más perfecta organizacion:—la planta, como el animal, está provista de sus correspondientes órganos para apoderarse de aquellas sustancias que han de constituir su alimentacion, de los que son necesarios tambien para la trasformacion de estas sustancias en las que han de constituir parte de su ser; tiene tambien un sistema de vasos por donde han de circular los jugos que, á similitud de la sangre en los animales, reparan las pérdidas que casi constantemente experimentan; está provista de una corteza que, desempeñando el mismo papel que la piel de los animales, protege al or-



8. Arandela para el centro de una mesa. Trencilla y crochet. (Véanse los núms. 9 y 10).



11. Cenefa bordada en paño.

variadas formas, su coloracion diversa, sus propiedades, aplicaciones, usos, etc. ¿te has parado alguna vez en el fondo silencioso de un bosque, en la cresta de una elevada montaña, para recrearte en la melancólica sombra de una espesa arboleda ó en el delicioso panorama de un pintoresco paisaje? Pues, ahí tienes un mundo que estudiar; ahí tienes lo que los naturalistas llaman el reino vegetal, reino gobernado por las leyes supremas, constantes é invariables con que le dotó el Creador de todo lo existente, y cuyo conocimiento es la clave de la agricultura.

Y ese mundo compuesto de millones de individuos son los que ofrecen esa diversidad de productos que sirven para sustento, recreo y



12. Paletot con echarpe. (Véase el núm. 13).

bienestar del hombre. Las plantas de todos los géneros y de todas las especies están brindándonos constantemente con sus producciones. "Unos, dice Lavergne, refiriéndose á los árboles, nos proporcionan frutos nutritivos, como el castaño, nogal, coco, palmera; otros dan materias tintóreas, como el campeche, jazmin; este produce el corcho, aquel la resina, este otro la goma ó el caoutchouc, este otro, en fin, la quinina; algunos tienen flores brillantes ó olorosas que nos encantan por sus colores ó por sus perfumes; todos nos dan sombra y nos defienden contra el sol y los vientos. Ellos cercan nuestras heredades, adornan nuestro jardines, embellecen nuestros paisajes; y como si esto no fuese bastante, modifican los climas y contribuyen á la salubridad del aire, á la fertilidad del suelo y á la buena distribucion de las aguas."

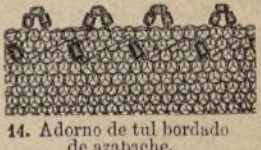
Y concretándose este distinguido economista á uno de los productos forestales, la madera, añade "que una multitud de industrias la emplean como primera materia; la navegacion, la carpintería, la carretería y ebanistería, hacen de ella anualmente consumo considerable; nuestra primera y nuestra última morada, la cuna que nos recibe al nacer y el féretro que



10. Flor de trencilla para el fondo núm. 8.



14. Adorno de tul bordado de azabache.



14. Adorno de tul bordado de azabache.



15. Adorno de tul bordado de azabache.



1 2 3 4 5 6-7 8

EL CORREO DE LA MODA.
Administracion, Plaza de Prim, n.º 2

Lit. de G. Ruiz Espirito-Santo, 18.

Ayuntamiento de Madrid



1123

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

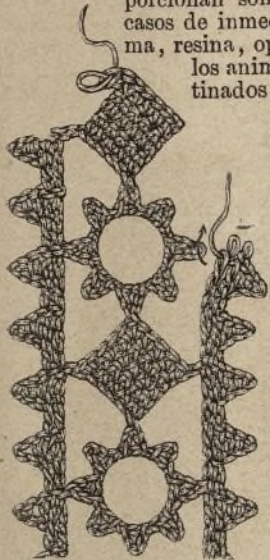
ganismo interior de las influencias exteriores, y esta corteza, con frecuencia provista de espinas, agujones, borras ó vellosidades ampara al vegetal de la accion de causas extrañas que constantemente conspiran contra su conservacion:—las plantas, como los animales, respiran, y así como estos en el acto de la respiracion modifican su sangre haciéndola apta á la nutricion de los órganos, a que ellas transforman tambien el jugo que por sus vasos circula para hacerlo igualmente á propósito para el acrecentamiento de su organismo:—las plantas como los animales expelen á través de su corteza ó de su piel todas aquellas sustancias que son innecesarias ó inútiles para su conservacion, con la única diferencia de que así como en los animales las materias segregadas, si se exceptúa la leche, casi todas las demás son inútiles,

las que los vegetales proporcionan son en muchos casos de inmediata aplicacion, como la goma, resina, opio, etc.:—las plantas, como los animales, tienen sus órganos destinados á la reproduccion, mediante los cuales los seres organizados se multiplican, se extienden y propagan en la superficie del globo:—las plantas, en fin, tienen señalado por la mano omnipotente, del mismo modo que los animales, un periodo de tiempo durante el cual recorren las fases de su existencia, cuya duracion varia segun las especies vegetales, observándose que si hay algunas que pueden crecer, reproducirse y morir varias veces en un solo año, existen otras en cambio cuya duracion es asombrosa. De todos modos es de notar que llega un tiempo en que la vida de las plantas se debilita, decae, y por último se extingue, ley absoluta bajo la cual se hallan todos los seres vivientes.

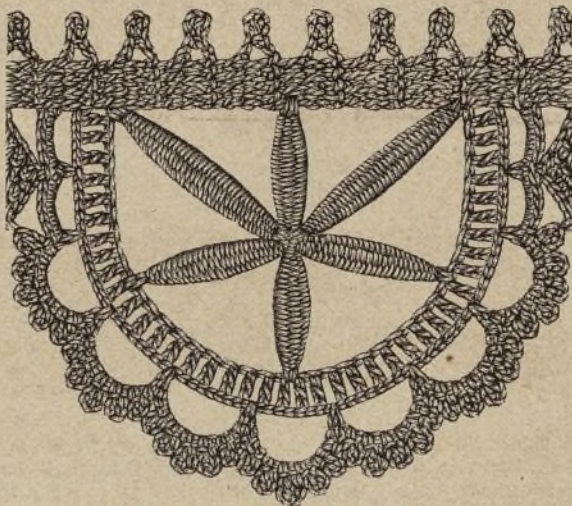
Hé aquí lo que son las plantas: nacen de una semilla,



16. Ramo de enredadera bordado con lanas y sedas para tapete ó almohadon.



17. Entredós de crochet guipure.



18. Puntilla de crochet guipure. (Véase el núm. 19).

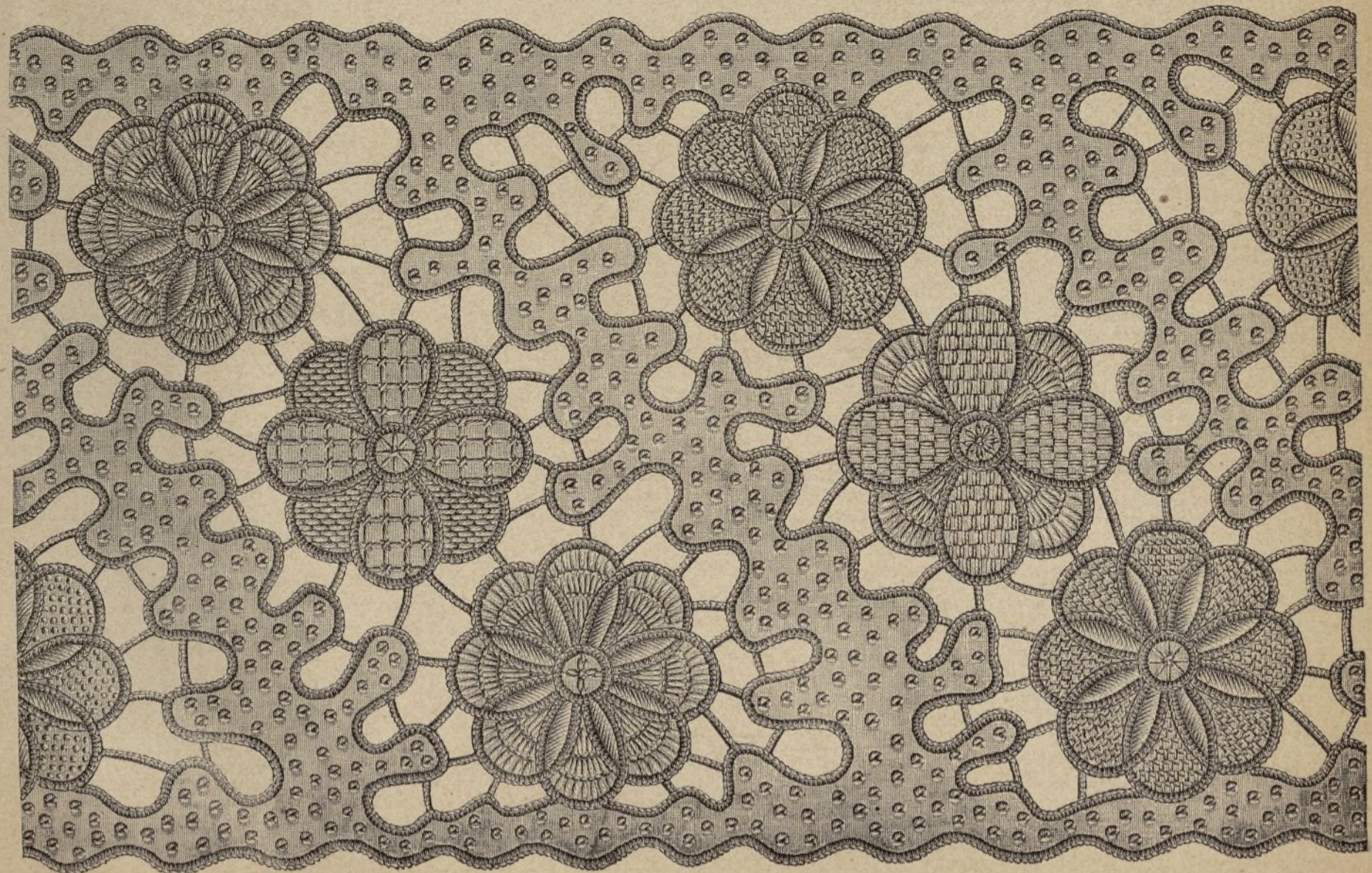
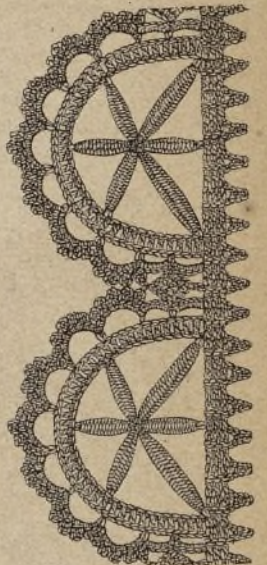
como los animales nacen de un huevo en aquella y en este se halla el germen de un individuo que mediante el cumplimiento de las leyes naturales bajo las cuales se rige el mundo organizado, se ha de desarrollar, crecer, adquirir el desenvolvimiento que le es propio, reproducirse y desaparecer.

Si las leyes mediante las cuales se ha de desenvolver el vegetal se cumplen exactamente, el desarrollo será completo, y los productos que suministren serán abundantes: si las leyes se quebrantan, si no se cumplen con regularidad, armonia ó exactitud, el desenvolvimiento de la planta será defectuoso y los productos escasos, imperfectos y hasta nulos. Y siendo el objeto del agricultor obtenerlos abundantemente y de la mejor calidad posible, comprenderás

amigo mio, lo mucho que importa estudiar

las leyes que presiden la vida y desarrollo de las plantas, para que de este modo pueda colocarlas en condiciones favorables para que dichas leyes se cumplan y para preservarlas de toda accion extraña que pueda contribuir á que se interrumpa el orden natural con que tienen lugar los diversos fenómenos de la vegetacion.

De lo dicho comprenderás que el primer paso que debe dar el buen agricultor es enterarse de todos estos secretos que la ciencia enseña respecto á la organizacion y vida de las plantas, de las causas que favorecen el desarrollo de las mismas, y de aquellas otras que conspiran contra su existencia. La botánica es la ciencia que nos da suficiente luz sobre estas particularidades, y cuyo estudio te recomiendo; no solo por lo útil y agradable que es, sino tambien por lo relacionada que está con la produccion agricola de que es su más sólido fundamento. Aspiraba á darte á conocer en esta carta alguno de los



20. Bordado veneciano á punto de feston.

hechos ó fenómenos naturales del crecimiento de las plantas desde que la semilla se ha depositado en el suelo; más ya que me he extendido en mis consideraciones más de lo que pensé en un principio; y ya que el asunto en que he de entrar es de suyo tan importante que da materia para hablar sobre él largo y tendido, como decirse suele, prefiero suspender por hoy, y dejar para tratar en otra ocasión, el estudio de las funciones fisiológicas con que se inicia y continúa la vida de los vegetales.

M. I. DE LA T.

Julio, 14 de 1873.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

Pero como el oro y la plata tienen un atractivo tan singular y poderoso, aunque grandes y pequeños estaban íntimamente convencidos de que no debía darles jamás ni un átomo de aquel metal que guardaba en sus arcones, y ni aún siquiera una miserable escudilla de sopa, si por acaso se murieran de hambre, todos se afanaban en hacerla la corte, y el que lograba subir la pendiente cuesta que conducía al palacio, atravesar el ancho portalón y penetrar en su interior, se consideraba la persona más importante y dichosa de la tierra.

Y eso que doña Ruperta no permitía que nadie se sentase en su presencia, salvo siempre el señor cura, y muchas veces ni siquiera se dignaba contestar á las preguntas que la dirigían; pero bastaba haber entrado en su gran salón, cuyas paredes estaban cubiertas de tapices antiguos y descoloridos y adornadas con multitud de retratos de familia, para rebosar de gozo durante seis semanas.

Conservadora por excelencia y apegada á las antiguas tradiciones y á la memoria de sus ilustres progenitores, doña Ruperta no había hecho ni la más mínima alteración en su vivienda durante su vida, y contaba ya ochenta navidades.

Todo estaba en el mismo lugar en que lo habían dejado sus abuelos, y ella vestía del mismo modo que había vestido su madre, lo cual le daba una apariencia antigua, y bien pudiera decirse extraordinaria, que no concordaba mal con su rostro apergamado, descolorido y anguloso, sus ojillos grises y los blancos y enmarañados cabellos que cubrían su frente.

Pero robábala algo de magestad su estatura, que no guardando armonía con la altivez de sus ideas y su voluntad enérgica y poderosa, era muy baja, tanto, que aunque usaba tacones, no llegaba á la altura de una niña de diez años.

Sin embargo, ella había sabido salvar esta desventaja de la naturaleza, de la cual se había mostrado siempre pesadosa, fabricándose una especie de trono, compuesto de una tarima cubierta con un tapiz, y encima un sitio antiguo de terciopelo con respaldo dorado.

En este trono, colocado en el salón histórico de los cuadros, pasaba casi todo el día ocupada en hilar, como habían hilado sus abuelas.

Aunque el orgullo de doña Ruperta era tan grande, era mucho más grande su avaricia. Así es, que solo tenía dos criados; es decir, dos y medio. Un viejo matrimonio con un hijo de pocos años. Este era el lacayo, y vestía una librea tan original, formada de retazos de varios colores, que parecía pertenecer á la especie de mono ó pagayo, más bien que á la especie humana.

Doña Ruperta había disminuido su servidumbre, no tanto por economizar los salarios, como porque desconfiada hasta el extremo, quería hacerlo todo por sí misma. Temiendo siempre que la robasen, cojía las hortalizas con su propia mano, bajaba á buscar el vino y el aceite á la bodega, echaba de comer á las gallinas, ponía el pienso en el pesebre para las mulas, y no había que hacer grosero ó penoso que se lo pareciese, con tal de ahorrar un solo ochavo.

Se levantaba con el alba, y su primer cuidado era ir á misa, á donde la seguía el lacayito, revestido ya con su famosa librea, y llevando su silla de tijera en una mano y en la otra el libro de oraciones.

De vuelta de misa se entregaba á los quehaceres domésticos ántes dichos, y luego se sentaba en su trono hilando blancos copos de lino que debían servir para fabricar las camisas de sus nietos.

Por la tarde iba al rosario con la misma solemne pompa, y al anochecer, cuando veía que los pájaros revoloteaban en busca de su nido, se acercaba ella también á su lecho, que era una cama muy alta y muy grande de ébano con vistosos angelones dorados en la testera, y que

estaba oculta bajo inmensos cortinajes de terciopelo encarnado.

En aquel lecho en que habían descansado tantas generaciones, descansaba ella también con calma augusta de los trabajos del día.

Doña Ruperta, á pesar de su orgullo, era viuda de un simple alférez, muerto sobre el campo de batalla en la guerra de la independencia. Pero el alférez era noble, eso sí, noble por sus cuatro costados, y si se hubiesen ido á examinar los abolengos de ambos, los del valiente militar hubieran aventajado á los de la altiva castellana. Solo que su pobreza igualaba á lo ilustre de su prosapia, y en esta parte la avaricia proverbial de doña Ruperta quedó vencida y anonadada.

Había sido un casamiento por amor? ¿Era susceptible de amar la noble dama? Quizás nó.

Lo que á ella la cautivaban eran los hechos heroicos, las epopeyas gloriosas de otros tiempos.

Lo que á ella la seducían eran los antiguos paladines revestidos de acero y esgrimiendo la espada en defensa de su Dios y de su patria.

Cuando se inauguró la guerra de la Independencia, despertáronse en su corazón estos generosos sentimientos, ardió en bélico entusiasmo, y á ser hombre, hubiera tremolado muy alto el pendón de la fé y de la hidalguía española.

Vinieron los franceses sobre Inestrilla, atajóles el paso el intrépido alférez con un puñado de valientes, estableció su defensa en el palacio, y practicó tales actos de heroísmo á los ojos asombrados de doña Ruperta, que trasportada ésta de entusiasmo, rindió su alvedrío á los piés del vencedor, y como en aquellos tiempos de guerra no se podía pensar en el mañana, salvando en un momento todas las dificultades, el cura del pueblo los unió con eternos lazos: ocho días duró su luna de miel. Al cabo de ocho días se supo que un destacamento francés avanzaba por entre aquellas breñas ansioso de vengar á sus derrotados compañeros. Determinó el alférez salirles al encuentro, despidióse de su esposa para volver en breve á sus brazos coronado de laureles, pero en vez de eso, solo trajeron al palacio su cadáver ensangrentado envuelto en una fúnebre mortaja.

Nueve meses despues, la triste viuda dió á luz un hijo, que debía ser el perpetrador de su noble raza y el heredero de las virtudes de sus progenitores.

Aunque tan de prisa se había hecho el casamiento, la precavida doña Ruperta no había olvidado al notario, y un buen contrato matrimonial, hecho en toda regla, la aseguraba la libre posesión y la libre disposición de todos sus bienes, que no estaban vinculados, porque casi todos procedían de herencias libres.

Celosa hasta lo sumo del honor de sus antepasados, no quería que un heredero indigno mancillase sus blasones, ni que nadie, mientras ella viviera, pudiese erigirse en dueño de su casa.

Felicitábase incesantemente á sí misma la noble dama por haber tomado tan prudente acuerdo, porque así la era dable sujetar á aquel hijo que aunque, tímido, sumiso y acostumbrado desde largo tiempo á una pasiva obediencia, podía sin embargo alguna vez rebelarse contra el yugo que le oprimía.

Esto, á la verdad, parecía casi una paradoja, porque el rigor inflexible de su madre había convertido á Máuro en autómatas, y aunque contaba ya veintisiete años, no tenía ni propia voluntad ni pensamiento propio.

No se dedicaba á nada, como convenía á su noble estirpe; no tenía trato ninguno con los demás jóvenes del pueblo, porque así también convenía á su noble estirpe.

Cuando niño, el dómine del lugar le había enseñado á leer y á escribir, y á esto se reducía toda su instrucción.

Jóven ya, vestía como su madre un traje igual al que llevaba su abuelo, y pasaba las largas horas solo, sentado junto á la ventana de su aposento, que daba al jardín, viendo cómo se balanceaban las flores ó cómo revoloteaban los pájaros por entre las ramas de los árboles.

En qué pensaba? ¿Qué es lo que veía en aquella movible enramada, en aquel cielo azul ó encapotado?

Nadie lo sabía, porque si formulaba una idea, á nadie se la comunicaba.

El único acontecimiento del día para él, era oír el son metálico de la campana, que sin discrepar jamás ni un solo segundo, le llamaba á almorzar, comer y cenar; pero estos momentos no eran momentos de expansión y de alegría, porque madre é hijo guardaban un absoluto silencio, y la primera no le interrumpía más que para dar sus órdenes al paje que servía á la mesa.

Aunque, como hemos dicho, Máuro sabía leer y escribir, la venerable Biblioteca del palacio solo guardaba tomos en folio viejos y apollados, escritos la mayor parte en latín, y de los cuales no entendía ni una palabra, prefiriendo por lo tanto leer en el gran libro de la naturaleza, abierto siempre delante de sus ojos.

Así, pues, por lo único que mostraba visible afición era por salir al campo; pero ni aun esto podía hacer sino cuando el toque inflexible de la campana le anunciaba la hora de salida, así como le marcaba indefectiblemente también el instante en que debía efectuar su regreso.

El jóven aprovechaba aquellos breves momentos de solaz para ir á misa, á la novena, ó á dar un largo paseo. Pero tanto le había acostumbrado su madre á no hablar con nadie, y tanto respeto infundían las órdenes de esta en el pueblo, que ningun jóven se atrevía á acercarse á él, ni él á ningun jóven.

Permanecía solo en un rincón de la iglesia, paseaba solo por el campo, y únicamente Dios hubiera podido decir con certeza si tenía alma y pensamiento.

Esta vida triste y solitaria, esta abstracción continua, hacía que sus maneras fuesen tímidas y encogidas; pero en cambio comunicaban una melancólica dulzura á su semblante, que era bello y expresivo.

Atendidas todas estas circunstancias, júzguese del inmenso gozo que debía experimentar la respetable comisión elegida por las comadres al dirigirse al palacio, pues al mismo tiempo que iban á sembrar en él el disgusto y la amargura, iban á humillar la altivez de aquella dama que tanto se había complacido en humillar la suya.

Y las elegidas no podían ser más á propósito para conseguir el malévolos intento.

Era la una doña Venancia, matrona tan alta de estatura como doña Ruperta era baja, pero que se asemejaba á ella en lo desgarrado, enjuto y anguloso.

No podía sin embargo ostentar los mismos gloriosos timbres de nobleza; pero sí muchas y buenas peluconas que le daban en el lugar cierta importancia. Viuda de un rico tratante en ganado lanar, y sin hijos, tenía muchos pretendientes, á pesar de sus cincuenta nevadas primeras. Ella, si bien los miraba de soslayo con suma complacencia y verdadero regocijo, afectaba desdeñar sus homenajes, y aún todos los bienes de la tierra, que calificaba de supérfluos, aunque era aficionada, y más de lo regular, al buen vino y á las tajadas suculentas.

Doña Venancia era lo que vulgarmente se llama una santurona. Tenía por casa la iglesia, andaba siempre con los ojos bajos, la asustaba la palabra más inocente, y hablaba tan quedo, que era preciso prestar mucha atención para oír lo que decía.

Siendo tan preclara y esquisita su virtud, se creía con derecho á no tolerar en los demás ni aún la falta más pequeña, y cada una de aquellas palabras pronunciadas tan lentamente, era un dardo envenenado que iba á destrozar el reposo ajeno ó á marchitar la honra más acrisolada. Su imaginación era un archivo completo de todos los chismes del lugar, por remota que fuese su fecha, y bien hubiera podido servir de viviente crónica á aquellos sencillos habitantes, que en medio de su ignorancia, ni se cuidaban de recordar el pasado ni de adivinar el porvenir.

Era la segunda doña Sinforosa, y esta, si hubiese querido, tenía mucho en que pensar sin ocuparse de los negocios de otros.

Su marido, antiguo capitán, no contaba más que con su escaso retiro; pero lo que le faltaba en dinero le sobraba en mal humor, y se desahogaba sin interrupción con tajos, juramentos y alguna que otra paliza que descargaba á derecha é izquierda sin miramiento alguno.

Tenía además la buena señora por apéndice tres hijas casaderas y muy difíciles de casar, porque si la una era tuerta, la otra sobresalía por su corcoba, y la tercera era coja, amen de pintada de viuelas.

Pero con tener tanto en qué pensar, á doña Sinforosa aun le quedaba espacio suficiente para envidiar la dicha real ó imaginaria de cuantos veía en torno suyo, y no podía sufrir que ninguna jóven fuese galanteada, ni que ninguna mujer viviese en paz y gracia de Dios con su marido.

Llamábase la tercera doña Tiburcia, y era el ama del señor cura, y como tal, sabionda y amiga de dar consejos, que algo se la debía de haber pegado de los libretos forrados de pergamino que el buen sacerdote tenía siempre en la mano, y de sus pláticas sencillas é instructivas. Esta era muy alta, muy gruesa, casi cuadrada, tenía el cabello crespo y rojo, y la nariz arremangada y siempre rellena de tabaco.

Su caja de rapé era su inseparable compañera, y siendo su comezon de hablar tan grande, hablaba con ella cuando no hallaba á nadie á quien aburrir con su charla sempiterna.

Por lo demás, esto la sucedió pocas veces, porque cuando no tenía qué hacer, y esto sí que la sucedía casi siempre, cogía su inseparable tabaquera y se paseaba magistrosamente por las calles, tomando sendos polvos y deteniéndose de puerta en puerta para preguntar, saber, contar lo que sabía, ó dar consejos, que ella se pintaba sola para darlos buenos y provechosos.

No es más pronta la desgracia para cebarse en la vic-

tima que se un con sus su prese rábia y l

No se conoía á dar un re preserva ta contra si fulani biese p hecho in no le hul cual debi

Estand inútil de quista, y una justa

Cuando verencias ron á doñ decir, sob ciendo ha

Volvió á las visit za, que no ciativo, y tuviese so

Entonce forosa, de y las tres

Pero no El silen fectament y el ruido

Las tres otra, incit esto era m atrevida q

Doña T decidió por que con vo

—Buena efecto, por la primave

Doña Ru se quitó los grises y per

—Tambi Y despu calóse otra

huso que te para celebr brincos, tal lanceándose verlo.

Las matr boca abier dándose de engorroso s notablemen ántes.

Doña Ven cargo. Adelantó ademan, y

—El serm Esta vez

—Sí, se a para los que se sobre un

Esto alud entre ella y

Las matr el maligno h rita de vida

dose de su a Pero la ir huso encen se, del ama

Esta se p resuelto, ex

—Ea, nos importa ni dos los trigo

Venimos á —Eh! eh!

dose á quita Vá á derru do el rio en

—Puede s

tima que elige, que ella lo era en acudir á donde hubiese un matrimonio desunido, ó hijos que se quereñasen con sus padres, pero con tan mala fortuna, que bastaba su presencia para que la incomodidad se convirtiese en rabia y la desavenencia en odio inextinguible.

No se limitaban solo al alma sus benéficos desvelos: conocía á fondo los secretos de todas las plantas, y sabía dar un remedio infalible para cada enfermedad, así como preservativos útiles contra el calor, contra el frío, y hasta contra los accidentes imprevistos, pues afirmaba que si fulanita no hubiese ido de prisa ó despacio, si no hubiese pasado por tal ó cual sitio, como ella lo hubiera hecho indudablemente en su lugar, á buen seguro que no le hubiera sucedido el accidente que lamentaba, lo cual debía servirle de lección para lo futuro.

Estando adornada de tan eminentes cualidades, es inútil decir que doña Tiburcia era generalmente bien quista, y que en la asamblea de las comadres gozaba de una justa supremacía.

Cuando el respetable triunvirato entró haciendo reverencias en el magestuoso salon de los retratos, hallaron á doña Ruperta sentada en su puesto de honor, es decir, sobre su trono, teniendo la rueda en la mano y haciendo bailar el huso con un compás muy vivo.

Volvióse la severa matrona al oír ruido de pasos, miró á las visitantes, hizo una ligera inclinación con la cabeza, que no podía decirse si era saludo ó ademan despreciativo, y continuó su tarea con tanto ahínco como si estuviese sola.

Entonces doña Venancia miró de soslayo á doña Sinforosa, doña Sinforosa miró de soslayo á doña Tiburcia, y las tres se quedaron inmóviles y con la boca abierta.

Pero no podían permanecer siempre calladas.

El silencio era tan profundo en el salon, que se oía perfectamente el zumbido del huso al dar rápidas vueltas, y el ruido que producía al tocar en el pavimento.

Las tres matronas se miraron de nuevo la una á la otra, incitándose mutuamente á tomar la palabra. Pero esto era más difícil de hacer que de decir: ¿quién sería la atrevida que pudiese el cascabel al gato?

Doña Tiburcia, como la más resuelta y habladora, se decidió por fin á acometer la grande empresa, y dijo, aunque con voz no muy segura:

—Buenos días, doña Ruperta, y buenos días son en efecto, porque ya empiezan á reverdecer los campos con la primavera. Los trigos están muy crecidos...

Doña Ruperta, durante esta perorata, levantó la cabeza, se quitó los anteojos, clavó en el ama del cura sus ojos grises y perspicaces, y respondió con tono breve:

—También crece la alfalfa.

Y despues de haber dicho esto con cómica gravedad, calóse otra vez las antiparras, y devolvió su libertad al huso que tenia aprisionado entre los dedos. Este, quizás para celebrar la gracia de su dueña, empezó á dar tales brinco, tales vueltas de regocijo, subiendo, bajando, balanceándose de derecha á izquierda que daba gozo el verlo.

Las matronas se quedaron otra vez inmóviles y con la boca abierta, contemplando las cabriolas del huso, y dándose de codo para que alguna rompiese de nuevo el engorroso silencio, aunque su posición habia empeorado notablemente y estaban más confusas y corridas que antes.

Doña Venancia fué la que tomó sobre sí tan grave cargo.

Adelantóse un poco con los ojos bajos y compungido ademan, y dijo con su lentitud acostumbrada:

—El sermón de esta mañana ha sido largo.

Esta vez doña Ruperta no tardó en contestar.

—Sí, se apresuró á decir con sarcasmo, y sobre todo para los que tienen que arrastrarse por el suelo ó sentarse sobre un banco.

Esto aludía á su elegante silla de tijera, que establecía entre ella y las demás una diferencia tan enorme.

Las matronas se mordieron los labios de despecho, y el maligno huso, como si estuviese animado de un espíritu de vida, empezó á retozar descaradamente, burlándose de su aturdimiento.

Pero la ironía de doña Ruperta y la desfachatez del huso encendieron la sangre, siempre pronta á inflamarse, del ama del cura.

Esta se puso en jarras, y adelantándose con ademan resuelto, exclamó, acentuando cada una de sus palabras.

—Ea, nosotras venimos á lo que venimos, y nada nos importa ni que el sermón sea largo, ni que estén crecidos los trigos ó las alfalfas. Al grano.

Venimos á avisar á V. de que corre un gran peligro.

—Eh! eh! respondió doña Ruperta con sorna, volviéndose á quitar los anteojos y mirándolas de hito en hito. Vá á derrumbarse por ventura mi pobre casa? ¿Ha entrado el río en alguna de mis humildes heredades?

—Puede ser peor que todo esto lo que yo voy á decir-

la, replicó vivamente doña Tiburcia, abriendo su tabaquera, y sorbiendo con colérico frenesí un enorme polvo. Se trata de su hijo de V. y de la Isabelica, de la hija del tío Salustio.

Doña Ruperta se echó á reír con tanta hilaridad, como quizás no se habia reído nunca, y los viejos écos del salon se estremecieron al oirla.

—Es cierto, repuso sofocada doña Tiburcia, y la daremos á V. cuantas pruebas quiera.

Doña Ruperta cesó de reír, se puso lívida, y sus ojos grises brillaron como dos carbunclos.

—Mi hijo es mi hijo, exclamó con altivez, y la hija del tío Salustio una pordiosera. Yo no necesito de nadie para que gobierne mi casa y para tener á raya á cuantos habitan en ella. Id con Dios, y dejadme en paz con vuestros cuentos.

Doña Ruperta, dicho esto, volvió á arrellanarse en su sitial, pero aunque quiso afectar una tranquilidad majestuosa y despreciativa, el huso, siempre travieso é incorregible, hizo traición á su aparente calma.

No sabemos si fué porque estaba cansado de permanecer inmóvil en la falda de la dama, ó porque las rodillas de ésta temblaban fuertemente, que de un enorme salto cayó al suelo, arrastrando consigo á la rueda, quizás también mal segura entre las manos temblorosas que la sostenían.

Las tres matronas al ver aquello se miraron con aire satisfecho, y haciendo reverencias hácia atrás salieron de la estancia.

La mecha estaba ya aplicada, y en breve estalló la mina.

Desde el día siguiente, la campana no tocó para marcar las horas de salida del pobre Máuro, y el tío Salustio recibió la órden expresa de no permitir que su hija abandonase su casa bajo ningun pretexto ni se asomase á puertas ni ventanas.

Pasaron quince días, quince siglos para Máuro encerrado en su aposento, sin saber el delito de que se habia hecho culpable, y ocupado únicamente en contar las hojas de los árboles que extendían sus ramas delante de su ventana, y las estremitas que por la noche brillaban en la bóveda celeste.

Pero no las contaba siempre. El triste jóven pasaba á veces horas y horas con el rostro escondido entre las manos, y cuando lo levantaba, brillantes lágrimas salpicaban sus pálidas mejillas.

Durante aquellos quince días de absoluto aislamiento, pensó en muchas cosas en las cuales nunca jamás habia pensado.

Pensó en su dignidad de hombre ofendida, en la libertad de que goza toda criatura humana para expresar sus ideas y sentimientos, y de la que él solo carecía; del derecho que tiene toda alma jóven de saborear lícitos placeres, de amar y ser amada, mientras él estaba condenado á vivir en la soledad y el aislamiento.

Estos tumultuosos pensamientos que se agolparon á su imaginación, como si despertase repentinamente de un mortal letargo, le hicieron tomar una estraña y atrevida determinación, con la cual de seguro no contaban ni doña Ruperta ni las ociosas comadres.

Pidió ver á su madre, á la cual no habia visto durante aquellos quince días, pues le servían la comida en su aposento, y con una firmeza extraordinaria y una lealtad generosa, la confió todos sus pensamientos, todas sus luchas, todas las nuevas emociones que germinaban en el fondo de su alma, cual si resucitase á nueva vida. La pintó su amor por Isabel, puro como el que deben esperar los elegidos, el solemne juramento que la habia hecho de darla el nombre de esposa, y su resolución irrevocable de cumplir el solemne juramento.

Doña Ruperta creyó soñar al ver su actitud digna, al oír su voz firme y tranquila.

Quizás si ella hubiese opuesto razones á sus razones, si se hubiese manifestado contraria á sus amores sin deprimir á su ídolo, y sin hacer un inútil alarde de autoridad, Máuro hubiera cedido; pero doña Ruperta, que pasó de la sorpresa al enojo, y de este á una cólera sin límites, se entregó á los arrebatos propios de su carácter altanero é irascible.

No hubo denuetos que no prodigase á Isabel y á su familia, y por último, agotado ya el vocabulario de los insultos, pasó á las amenazas, y dijo con voz estridente:

—Mira, tú sin mí no eres nadie. Si yo te abandono no tendrás ni lecho en donde reclinarte, ni un bocado de pan que llevar á tus labios. Si no me obedeces te desheredo, y nombre heredero mio á cualquiera, aunque sea á Juditas.

Judas ó Juditas, como le llamaban, era aquel famoso pajecillo que se asemejaba á un mono con su librea de mil colores.

No pensó doña Ruperta al pronunciar estas imprudentes palabras, que Máuro era su hijo, que corría por sus

venas su misma altiva sangre, y que habia heredado su carácter indomable, por más que hasta entonces la uniformidad de su existencia no hubiese despertado sus enérgicos instintos.

Debió apercebirse de su yerro, al ver el siniestro fuego con que se iluminaron los ojos de Máuro, y el rápido paso con que salió del aposento; pero acostumbrada á que todo cejase en torno suyo, se dió á sí misma el parabien por la energía que habia sabido desplegar en caso tan extremo.

Máuro volvió á su cuarto apesadumbrado, pero no vencido. Lejos de eso, habia tomado su determinación y habia fijado para siempre su ulterior destino.

(Se continuará).

EXPLICACION

DE LA LÁMINA DE CONFECCIONES DE VERANO

que se da de regalo á las señoras suscriptoras de año y medio año.

FIG. 1.^a—*Traje GABRIELLA*.—Vestido de tafetalina, compuesto de falda-túnica muy larga, guarnecida todo alrededor con ancho biés y falda inferior de la misma tela, adornada con un volante plegado y otro plegado á la cabeza, terminado con un biés. Confeccion de cachemir blanco, realizada con bordados de pasamanería negra; por delante cierra recta con motivos del mismo adorno. Sombrero de paja blanco, pluma blanca, cintas de faya y fiores primaverales.

FIG. 2.^a—*Traje CAMPANA*.—Es una de las novedades que señala la caprichosa Moda para este verano, y todo parece indicar que obtendrá un éxito completo. Consta de una falda sola, adornada en redondo con volantes, bieses ó bullones, bastante corta, y que por lo tanto no admite segunda falda; el cuerpo lleva corpiño abrochado á lo aldeana y muy ceñido del talle.

En nuestro modelo la falda va guarnecida con dos plegados en redondo. Los bullones terminan en los costados bajo un lazo; confeccion de faya negra abrochada por delante con una trencilla gruesa; solapas bordadas de pasamanería negra perlada, y fleco con pié tambien de pasamanería. Sombrero ribeteado de faya negra, grupo de campanillas y cintas del color del traje.

FIG. 3.^a—*Traje AMELIA*.—Vestido de faya malva guarnecido con faya de color de ciruela morada, con cuerpo de escote cuadrado y gola *Gabriela*. Una echarpe de raso blanco, sostenida de trecho en trecho con hebillas, arranca desde el hombro y descende hasta el bajo de la falda.

FIG. 4.^a—*Traje MAGDALENA*.—Es de sedalina gris tórtola. La primera falda, redonda, va guarnecida todo alrededor con un ancho volante apenas fruncido. El cuerpo forma chaleco, todo guarnecido de brandeburgos de terciopelo negro y plegados con cabeza de terciopelo. Los plegados que terminan las mangas van sujetos con terciopelo y un lazo. Mangas y gola de muselina rizada, sombrero de paja adornado de flores campestres.

FIG. 5.^a—*Traje para jovencita*.—Es de granadina de seda á rayas claras y mates de color crudo. La falda es de seda lisa de un color que haga juego con el crudo, guarnecida en el bajo con un volante de granadina cortado al biés y de 15 cents. de ancho, con tres bieses encima de seda igual á la falda. La túnica cierra á un lado, y es de granadina tomada al biés, con un volante de seda de 15 cents. de altura todo alrededor. El cuerpo, que deja ver el chaleco igual, es de adetas cortas por detras y largas por delante, adornadas con patas de seda, sujetas con botones de cristal. Mangas ajustadas con solapas de seda.

FIGS. 6 y 7.—*Traje para visitas*. Es de beige color crudo. El bajo de la falda va guarnecido con una tira de gros-grain azul claro de 12 cents. de altura, atravesado de 15 en 15 cents. por una doble tabla de beige puesta á lo largo. La polonesa, muy larga, no lleva más adorno que un ribete azul todo alrededor. Una echarpe compuesta de un biés de gros-grain azul, guarnecida con un volantito crudo, va sujeta en el hombro derecho por un lazo sin caídas y descende á recoger por un lado la túnica, prolongándose despues en largas caídas sostenidas con una hebilla.

FIG. 8.^a—*Traje de mañana, campo ó viaje*.—La falda lleva el mismo adorno por abajo. La polonesa cierra por delante con cinco carreras de botones iguales á los que adornan los bolsillos. Completa el traje una echarpe como la anterior, sujeta en el hombro con una hebilla. Sombrero adornado de cintas y plumas.

ECONOMÍA DOMESTICA.

SORBETE DE FRESA.

Que puede tambien llamarse de grosella, con solo aumentar la cantidad de esta última á proporcion de los demás componentes.

Ciñendonos al de fresa, la composicion de que vulgarmente se hace, aunque hay otra muy complicada y casi imposible de hacer sino en grandes cantidades, se reduce á dos libras de fresa ó dos libras y media; de grosellas encarnadas media libra, un cuartillo de agua y una libra de azúcar.

Las fresas y las grosellas se esprimen y presan en un tamiz con el objeto de que pase por él toda la parte jugosa y aprovechable, quedando encima las simientes, los granillos y la arena finísima que suelen contener. Como de la primera operacion quedan heces bastante densas conteniendo todavia algun jugo, se echa agua sobre ellas y se esprimen bien revolviéndolas. El líquido que pasa se reúne al anterior. El azúcar se deslie antes de mezclarlo con lo demás en un cacillo y á la lumbre y echándola poco á poco agua.

Se reúne luego todo dejándolo enfriar, revolviéndolo para que se mezcle bien, y en cuanto esté frio se hiela.

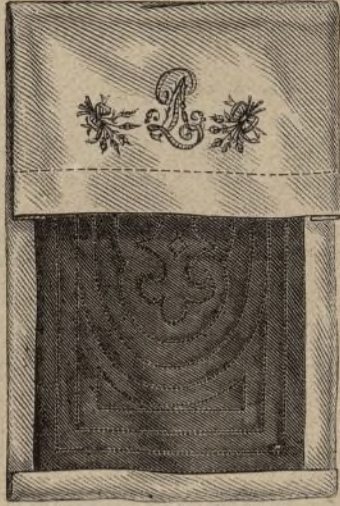
SORBETE DE NARANJA.

Se mordan y dividen en pequeños trozos sacando las pipas; se machacan aquellos en un almirez de piedra y se les unen las raspaduras de las cáscaras, poniéndolo todo en un paño fino, donde se prensa para extraer completamente el jugo. Se mezcla con este el azúcar bien desleído de antemano en un cuartillo de agua, y ya puede ponerse en la garapiñera.

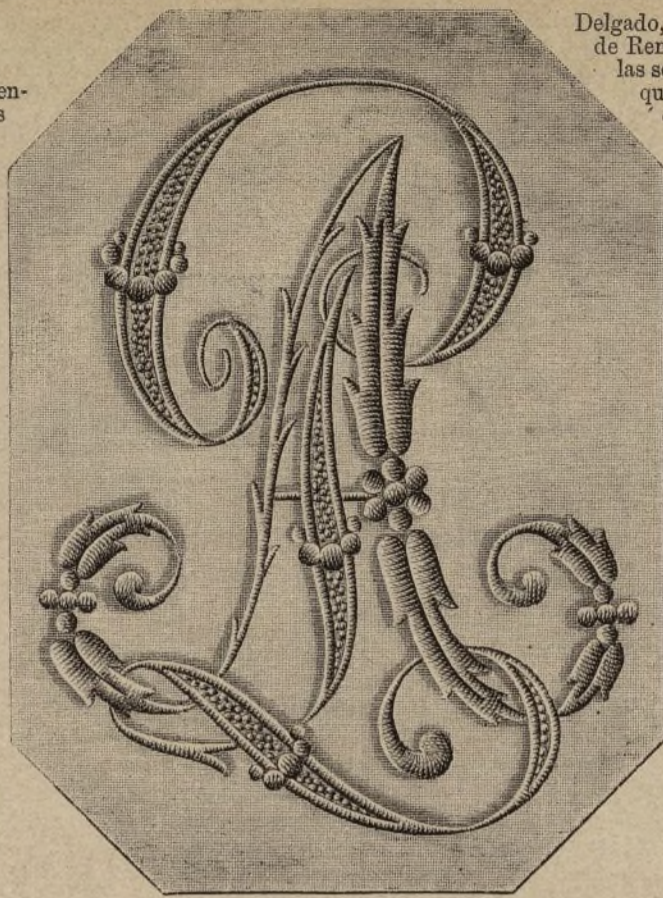
Hay ciertos moldes que dan á este género de sorbetes la misma figura de la fruta de que se hacen, dándole color con un pincel que se pasa ligeramente por encima, mojado con cocimiento fuerte de azafrañ y una tintura muy clara de carmin.

Con numerosísima y brillante concurrencia se ha inaugurado la Exposicion de flores en el bello palacio de Indo, ofreciendo un espectáculo sumamente variado y delicioso.

Las señoras á cuyo cargo estaba la rifa y venta de las flores, han sido las señoras marquesas de Remisa, viuda de la Granja, condesas de Catres, de Velarde, del Lombillo, vizcondesa del Dos de Mayo, señoras doña Bárbara Iznaga de Riquelme, de Ulloa, de Navarro, de Pineda, de Ceballos Escalera, de Urbina, de Barradas, de Saavedra, de Bassols, de Acellana, de Gil, de



21. Colcha y sábana bordada.



23. Cifra enlazada para sabanas.

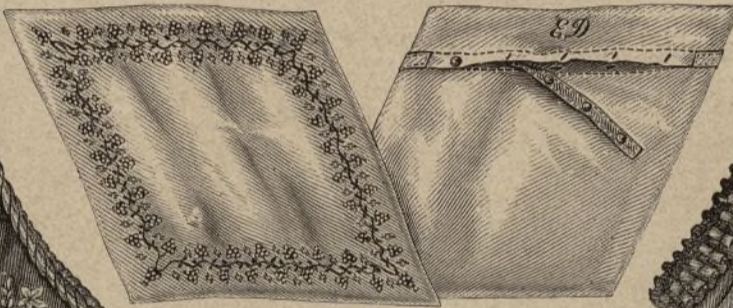


22. Colcha y sábana bordada.

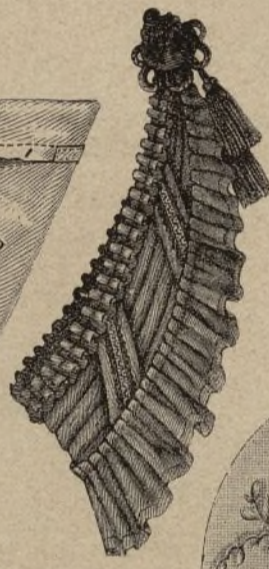
Plaza de Celenque, núm. 1. Se lo recomendamos vivamente á nuestras suscriptoras.



33. Alza-paños bordado.



24 y 25. Almohada bordada. (Véase el núm. 26).



34. Alza-paños plegado.



27. Cifra bordada en blanco.



28. Cifra bordada en blanco.

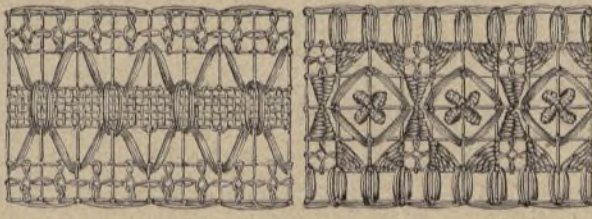


26. Cenefa para el

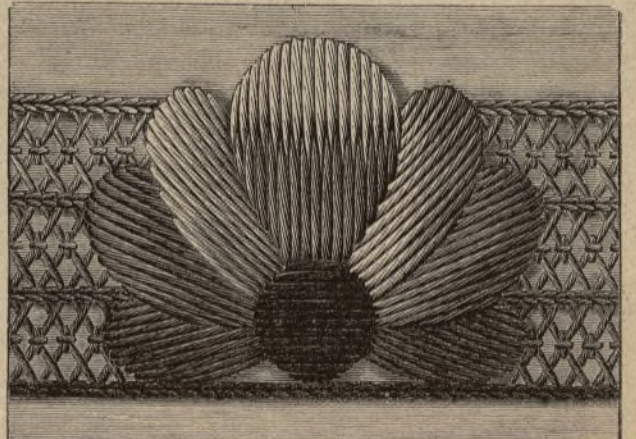
almohadon núm. 24.



29. Entredós bordado en blanco.



30 y 31. Entredoses de malla guipure.



32. Cenefa bordada con lanas para tapete. (Véase el núm. 16).

Delgado, de Arenal; señoritas de Urbina, de Terreros, de Luque, de Remisa, de Rios, de Tornos; y las que componian el jurado, las señoras duquesas de Medinaceli y Fernan-Nuñez, y marquesas de Guadalcazar, de Sardoal y de Casa-Loring. La direccion de este agradable certámen ha estado á cargo del Sr. Fernandez Duro.

INTERESANTE.

Don Santiago Ortega, privilegiado profesor del corte, que ha estado ausente de Madrid dos años, participa encontrarse en la actualidad en Alcalá de Henares; las personas que le honren aprovechando sus lecciones, pueden escribir á este punto ó dirigirse á la Administración de EL CORREO DE LA MODA.

Para que siente bien un vestido, es preciso que vaya entallado sobre un corsé-cintura, de las llamadas cinturas-Gisbert, fabricadas por Mme. Grand, de la

EXPLICACION DEL FIGURIN 1123.

Fig. 1.ª—Traje para joven.— Vestido de seda malva. El adorno de la falda consiste en grupos compuestos de tres bullonados verticales, alternando con volantes de encaje, puestos los unos encima de los otros entre dos cintas de faya pensamiento terminadas con un lazo. El adorno remata en su parte superior con una puntilla puesta hácia arriba.

El cuerpo, alto, forma por delante una aldeta prolongada que figura delantal, corta en los costados y pequeña y plegada por atras. Las mangas, bullonadas, llevan una solapa ancha adornada de encaje lo mismo que el cuerpo. Cuello-corbata de encaje y flores en el cabello.

Fig. 2.ª—Traje de faya azul y negra.— La falda azul lleva por abajo un volante plegado de 45 cents. de altura.

La túnica, graciosamente abierta por delante, lo está tambien por atras, en donde termina con una especie de solapas que se abrochan bajo el pouf de la falda. Las mangas, abiertas, dejan ver los acuchillados azules; todos los demás adornos son azules, como la cinta que sujeta el peinado.

Fig. 3.ª—Traje para niña de 12 á 15 años.— Es de sedalina de dos tonos de un mismo color. Tres bieses claros adornan la falda, y se repiten sobre el paño de delante, terminando á ambos lados con botones grandes. La túnica, del tono más claro, forma Princesa, abre sobre el cuerpo de tono oscuro, y cierra en la cintura con una presilla del tono claro. Lleva solapas y cuello y presillas sujetas con botones en las mangas.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las que estén suscritas por año ó seis meses la lámina de CONFECCIONES DE VERANO.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yndra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.

Revis... Vest... teleta... de escl... venita... Con... troniza... que aso... encanto... entre t... muselin... gura en... necido... do, bor... netes á... ciones... pre en... que re... Esta cl... en vesti... con tod... ta en c... de faya... órden: p... faya co... guarnec... plegado... de cinc... fruncid... sando s... de lino... del bor... faya ter... muselin... el cuer... una cas... lante d... el volan... do el po... muselin... de seda... por laza... variedad... recomen... lanas y... es lo su... novedad... gan que... tincion... blanco:... ca bord... ó de flor... da de s... vestido... eleganci... cas des... sostendr... rante el... de muse... tidos n... guipure... tul negr... che, las... calada... cion, y... Crespo... neros pr... colores... azul cel... estas ya... la calle... No po... pleto, qu... peñar gr... modidad... telas de